

MADERO Y LOS CATÓLICOS

LA ACTITUD DE MADERO con respecto a los católicos ha sido objeto de ocultación o incompreensión. Aceptaba el hecho religioso mayoritario. Por lo mismo, dada su concepción de la democracia como representación de la social, aceptaba la participación de los católicos en la política y la modificación de las leyes de Reforma, en lo que tenían de discriminatorio. Fiel a sus convicciones democráticas, aceptaba las consecuencias.

Dijo en *La sucesión presidencial*: "Temer algunos escritores que el pueblo ignorante constituya un factor poderoso (...) en manos (de un) clero que lo llevará a donde quiera, sirviéndose de la influencia de los párrocos" (...) "Si el (clero) llega a ejercer alguna influencia moral en los votantes, será muy legítima; la libertad debe cobijar con sus amplias alas a todos los mexicanos, y no sería lógico pedir la libertad para los que profesamos determinadas ideas, y negarla a los que profesan diferentes".

En el discurso que pronunció en Durango, durante su última gira antes de la Convención, fue extremadamente claro, y Roque Estrada transmite lo esencial de sus declaraciones. Juzgaba que las leyes de Reforma eran de aplicación inadecuada, pues su único objetivo había sido combatir al Partido Conservador; ahora bien, en "nuestra" época, esas leyes no tenían ningún objeto, pues ese partido ya no existía. Consideraba que esas leyes eran atentatorias para las libertades públicas, y que el gozo de esas libertades debería de ser absoluto. Consideraba además que se les podía dar por abrogadas, ya que hacía tiempo que no eran aplicadas y que, en último caso, si era necesaria su aplicación, necesitarían una revisión previa. En Durango, estas palabras fueron escuchadas con estupor por un auditorio en el que eran numerosos los estudiantes ligados al liberalismo anticlerical tradicional.

Sin embargo, Madero persiste en este tema, que es, además, una de las razones de la amplitud de sus auditorios. En el mensaje que dirigió a la Convención antirreeleccionista en su clausura, volvió sobre la cuestión diciendo que las leyes de Reforma debían continuar tal como estaban hasta que el Congreso pudiera reformarlas con el fin de adaptarse a los deseos del pueblo, lo que indicaba, evidentemente, en qué sentido debían serlo.¹

En Colima, el 30 de diciembre de 1909 escribía al licenciado Celedonio Padilla, representante del futuro Partido Católico Nacional en Guadalajara: "La unión de ustedes con nosotros aumentará la fuerza y el prestigio de ambos partidos, que aunque de diferente nombre, tienen exactamente las mismas aspiraciones y principios... respecto a la influencia que tenga su partido sobre todos los estados vecinos, no teman ejercerla libremente, pues nuestro partido... no solamente no se encerrará, sino verá con grandísima satisfacción..."²

Madero, vencedor, no renegó de su pasado, como lo prueba esta carta del arzobispo de México José Mora y del Río al de Guadalajara, aquel prelado que deploraba tanto la partida de Porfirio Díaz: "Don Francisco Madero (padre de Madero) ha venido a verme y me ha precisado que las intenciones de su hijo eran dar toda libertad a la Iglesia, no sólo libertad de hecho, sino también libertad de derecho, quiere que la autoridad eclesiástica y la autoridad civil caminen siempre de concierto... en suma, todas estas promesas son de las más reconfortantes."³

Mora y del Río pidió a los obispos que apoyaran al Partido Católico Nacional en la medida en que su situación se lo permitiera, y es seguro que esto tuvo considerable influencia. Antes de las elecciones de 1912, los obispos multiplicaron las cartas pastorales recordando a los católicos que su deber electoral era sagrado. Estas elecciones, en las que se vio el triunfo absoluto de los católicos en los estados de Jalisco y de Zacatecas, y excelentes resultados en el centro y el oeste, suministraron la prueba de la fuerza del nuevo partido. En Jalisco y Zacatecas, el gobernador y el congreso del estado estaban en sus manos. Eran preponderantes en las legislaturas de Michoacán, Guanajuato, México, Colima, Querétaro, Puebla y Chiapas. Conquistaron numerosas presidencias municipales, siendo las más importantes las de Puebla y Toluca. En Jalisco, habían tenido 43 000 votos, contra 12 000 de los demás partidos. El triunfo fue tal que numerosos jacobinos se asustaron y obligaron a anular no pocos resultados. Los católicos, que decían haber obtenido 100 curules en el Congreso, recibieron 4 senadurías y 19 diputados federales.

Los católicos no dispusieron siquiera de un año para desempeñar un papel político, ya que fueron arrastrados por la caída de Madero, y de manera definitiva. Los maderistas más o menos conscientes veían venir el desastre. Los hombres nuevos, de una buena fe que no daba lugar a la menor sospecha, y tan grande como su inexperiencia, eran presa fácil de los viejos en el ardid y en el engaño. La audacia y el cinismo de los enemigos de la revolución se manifestaron antes de que se consumara la derrota. Algunos miembros del gobierno sabían que la amenaza iba en aumento y trataban de parar el golpe, reuniendo a los maderistas en torno de su jefe. En diciembre de 1912, el secretario de gobernación, Rafael Hernández, convocó al representante pontificio, Mons. Boffiani, con objeto de solicitarle "la influencia del clero para lograr la pacificación del país, sacudido por intenso movimiento de revolución y bandidaje".⁴

La jerarquía católica respondió a los deseos del gobierno y en la segunda Gran Dieta Obrera de la Confederación Nacional de los Círculos Católicos Obreros, reunida del 17 al 23 de enero de 1913 en Zamora, los ocho prelados presentes enviaron

una carta a los directores del Partido Católico Nacional, donde recordaban "la obediencia que se debe a la autoridad constituida... la ilicitud absoluta de la rebelión contra las mismas autoridades". Ahora bien, el gobierno de Madero había sido constituido con toda legalidad. Por aquella fecha, corría ya el rumor de un complot de Félix Díaz contra Madero, y los obispos presentes en Zamora intimaron a los dos dirigentes del Partido Católico, sospechosos de participar en aquél, a que se retiraran de la conspiración.

El 23 de febrero, el asesinato de Madero y de Pino Suárez ponía fin a la crisis comenzada el 9 de febrero de 1913 y dejaba el poder al general Victoriano Huerta. Los enemigos de Madero mostraron entonces su júbilo y, seguros de su triunfo, organizaron manifestaciones públicas para celebrar el suceso. Los que se habían sentido débilmente amenazados en sus privilegios por Madero no sospechaban qué cataclismo iba a provocar su muerte. Para ellos, era el final de la revolución, cuando de hecho la revolución comenzaba el 23 de febrero.

El arzobispo de Morelia, Mons. Ruiz y Flores, publicó inmediatamente una condenación del golpe de estado de Huerta. No todos los obispos, ni todos los dirigentes del Partido Católico Nacional, supieron mantenerse a distancia de aquél a quien se llamaba ya "el usurpador".

Manuel González y Ramírez, portavoz de la historia oficial en los años 50, escribe: "El Partido Católico fue uno de los principales basamentos de la usurpación. Desafortunadamente, para hacer efectiva esta cooperación, los jerarcas eclesásticos mostraron sus simpatías a favor del huertismo. Por eso, de nueva cuenta, los pulpitos fueron usados como tribunas públicas, desde donde se atacó a la revolución constitucionalista y a los revolucionarios, y se defendió a Huerta y lo que representaba la usurpación. El obispo Andrés Segura, de Tepic, era el principal responsable de la labor antirrevolucionaria que llevaron a cabo los sacerdotes de la jurisdicción eclesástica". Y agrega: "En cuanto a la vinculación de los católicos militantes y del clero con Victoriano Huerta, constituyó el pórtico del conflicto que muchos quebrantos causarían más tarde a la República".⁵

Ahora bien, en el caso preciso citado por Manuel González y Ramírez, el del obispo de Tepic, es cierto que el clero de la diócesis predicó contra los carrancistas y que el obispo hizo otro tanto; pero otra cosa es si tomaron partido a favor de Huerta. No lo sé todavía. Pero los carrancistas, de la hostilidad que la Iglesia les demostraba, dedujeron su simpatía por Huerta, que era su adversario. Eran ya hostiles a la Iglesia, y se volvieron todavía más. Que la Iglesia reconociera en ellos al enemigo tradicional no prueba que optara por Huerta. Un testigo imparcial nos explica cómo los obispos se distanciaron de Huerta: "Por un tiempo, Huerta colmó de favores a la Iglesia católica y creyó haberla ganado en su favor; pero, después, los dirigentes con más influencia en la Iglesia llegaron a la conclusión de que la paz no podría volver a México sino con la marcha de Huerta. Y entonces enviaron a un obispo (...) que en otro tiempo había estado en buenas relaciones con Huerta, para decirle que debería dimitir".⁶

La convicción de que "el clero, los católicos, ése es el enemigo" pasó del Partido Liberal de Flores Magón a la fracción jacobina del maderismo en el poder. Entonces despertó la vieja división entre liberales "puros" y católicos que Madero

había logrado borrar en 1910-1911. Los esfuerzos de Madero y de los católicos maderistas al estilo de Eduardo J. Correa, Ramón López Velarde, Silvestre Terrazas fueron vanos. El Partido Católico Nacional sucumbió a la tentación antimaderista y después de la caída del huertismo, tanto la Iglesia como los católicos tuvieron que enfrentarse a la embestida del constitucionalismo triunfante y enardecido por su convicción de que el porfiriismo, el huertismo y el catolicismo eran una sola y misma cosa. Así, después de la breve interrupción maderista, continuó la exclusión de los católicos de la política, característica del siglo XIX desde el triunfo de la Reforma.

NOTAS

¹ F.X. Guerra, *México: del antiguo régimen a la Revolución*, 1988, II, 136 y 203.

² Carta en posesión de Vicente Camberos Vizcaino, citada en su libro *Un hombre y una época*, I p. 143.

³ Archivo del Arzobispado de Guadalajara, paquete 253, correspondencia particular del arzobispo, carta del arzobispo de México al de Guadalajara, de 24 de julio 1911.

⁴ *El Mañana*, 10 XII 1912

⁵ Manuel González y Ramírez, *La revolución social de México*, México, FCE, I, p. 400-401

⁶ Josephus Daniels, *Sbird sleeve diplomat*, North Caroline University Press, 1943, p. 40



Baltazar de Echave Iba: *Virgen del Apocalipsis*